

MIGUEL DE UNAMUNO

Lo que puede aprender
Castilla
de los poetas catalanes

Conferencia pronunciada
en el Teatro Lope de Vega, de Valladolid,
el día 8 de Mayo de 1915

Curso de Conferencias extraordinarias
organizadas por el Ateneo de dicha ciudad



LO QUE PUEDE APRENDER CASTILLA
::: DE LOS POETAS CATALANES :::

MIGUEL DE UNAMUNO



Lo que puede aprender
Castilla
de los poetas catalanes

Conferencia pronunciada
en el Teatro Lope de Vega, de Valladolid,
el día 8 de Mayo de 1915

JOSÉ VAZQUEZ-Y-
SABATER
VALLADOLID

Curso de Conferencias extraordinaria
organizadas por el Ateneo de dicha ciudad

LO QUE PUEDE APRENDER CASTILLA DE LOS POETAS CATALANES

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL TEATRO LOPE DE
VEGA, DE VALLADOLID, EL DÍA 8 DE MAYO DE 1915,
POR DON MIGUEL DE UNAMUNO

(CURSO DE CONFERENCIAS EXTRAORDINARIAS ORGANI-
ZADAS POR EL ATENEO DE DICHA CIUDAD)

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es esta la tercera vez que hablo aquí, en Valladolid, y acaso alguno de vosotros no hayáis olvidado cuánto en el Círculo Liberal les dije del liberalismo. Y ahora, en esta nueva vez, resultábame difícil la elección de tema. Creía deber hurtarme á todo tema político, mas no por estimarlos fuera de un Ateneo, ya que éste, el Ateneo, ni debe ni puede ser neutral, sino *alterutal*, es decir, incluyendo á unas y otras ideas, no excluyendo estas ó aquellas. Creía, digo, no deber tratar de nada específicamente político, y por otra parte me hallo hace tiempo dominado por la preocupación de la actual guerra europea.

Preocúpame con preocupación casi exclusiva esta guerra, en cuyo último sentido no se si habréis tratado de penetrar. Porque oigo hablar mucho de su aspecto más externo, de la lucha de intereses, y muy poco de su más íntima razón: la defensa de la personalidad.

Yo también pasé en mis mocedades—¿y quién ño?—por la doctrina aquella del materialismo histórico, por aquella doctrina tan superficial

que ve en el fondo de los fenómenos sociales el económico y proclama que toda lucha lo es de intereses. Doctrina que está en revisión y en descrédito y de la que yo mismo, ablandándoseme con los años el corazón, he ido desprendiéndome.

Repítese á saciedad que esta guerra no lo es sino de intereses. ¡Grave equivocación, por fortuna! No; ni se pelea ahora ni se ha peleado nunca por sólo intereses materiales, ni aun por ellos principalmente. Sería calumniar á la humanidad el suponerlo. Por encima, ó por dentro, si queréis más bien, de los intereses hay otra cosa. Quizás los combatientes mismos no lo sepan, pero es lo cierto que combaten por la personalidad, por conservarla y afirmarla. No son dos mercados los que están en pugna, son dos sentimientos, en gran parte opuestos, de la personalidad humana.

Y siempre fué así. Nuestros antepasados, los españoles de los siglos xvi y xvii cometieron graves pecados, pero es soberana injusticia no achacarles sino instinto de rapiña y dominio. Mucho saquearon nuestros aventureros conquistadores en América, ¿pero quién puede negarles un alto ideal, aunque fuese equivocado? Y aquel Duque de Alba, el primer gran verdugo de ese Flandes que hoy, bajo otro, padece, aquel duque de Alba cuyas cenizas para siempre, para siempre! descansan en Salamanca, aquel perro dogo de su amo, á quien el casco le oprimió el cerebro, se ha dicho, y yo añadido que le arregó el corazón, llevó á ejecución la obra de Felipe II, la de la Contra-Reforma, cuya idealidad no cabe desconocer.

Y los que vemos en esta guerra una lucha más por la personalidad, nos preocupamos de la repercusión que en este orden ideal, no en el otro, no en el estrictamente político internacional, puede tener en España. También aquí puede llevarnos á plantear de una manera más clara el problema de nuestra personalidad colectiva nacional; el problema de la personalidad de España. O más bien el de sus varias personalidades regionales en lucha unas con otras, en lucha por integrarse.

Que así como en el orden individual acaece que cada uno de nosotros, los hombres, es un yo colectivo, es una sociedad, en que constantemente luchan entre sí diversos yos, y luchan por compenetrarse é integrarse bajo uno ú otro de ellos, así en los pueblos y naciones.

Cada uno de nosotros ha sido varios y unas veces tuvo la hegemonía uno de nuestros yos y otras veces el otro. Y así en un pueblo, así en España. Que es una personalidad colectiva compleja en interna lucha. El alma común española, concebida y elaborada en controversia, en contradicción, en guerra civil, se está siempre haciendo. Cada uno de sus yos aspira, sabiéndolo ó sin saberlo, á la hegemonía, y no hay que dolerse de ello. Desgraciado el país que no vive de esa agitación intestinal; desgraciado el país que se sume en una paz civil adormecedora!

Y esta nuestra lucha civil tampoco es sólo de intereses y ni aun principalmente es de ellos; es de ideales, es lucha por personalidad. En el problema regional hay algo más que zonas francas, y admisiones temporales, y aranceles aduaneros, y bonos de exportación; hay de una parte y de otra una lucha por el afianzamiento primero, por el predominio luego de una personalidad.

Y en nada se ve esto más claro que en la literatura y dentro de ella, muy en especial en la poesía. El alma, todo el alma, la de un hombre y la de un pueblo, refléjase en la poesía, en el arte. Y el catalanismo, mejor que en el programa de Manresa, hemos de verlo en el renacimiento poético catalán. La poesía es el pensar y el sentir de un pueblo hechos lengua, y ésta, la lengua, es la sangre del espíritu. En nada se percibe mejor el alma de un pueblo que en su lengua. La lengua es el modo de expresarse, y expresarse es conocerse, y conocerse amarse. Los que no se comprenden entre sí no se conocen y por lo tanto no se aman. Y si Castilla y Cataluña han de conocerse y amarse, como deben, han de empezar por tratar de entenderse y comprenderse, estudiándose mutuamente.

El renacimiento poético tomó rumbo muy diferente y ha alcanzado muy distinta suerte en Cataluña que en Castilla. Y es que, como decía Maragall, la verdadera lírica sólo puede hacerse en dialecto.

Mas ante todo: ¿qué es esto de dialecto? Dejemos de lado el ramplonismo sentido despectivo que suele darse á esa palabra, como si dialecto fuese una lengua inferior ó dependiente de otra y á ella subordinada. Dialecto no es más que la lengua hablada, la de conversación, la íntima, la viva, por oposición á la lengua oficial escrita, á

la diplomática y cancilleresca y académica. No hay, pues, por qué tomar el dictado de dialecto como un agravio.

Escribiendo sobre Maragall, en *La Nación*, de Buenos Aires, decía yo:

«Era Maragall un poeta y un poeta, naturalmente, catalán, en su lengua propia, en aquella en que sentía, en la que su madre le enseñó á balbucir en la cuna, en la del pueblo que le rodeaba. Y es que no cabe ser poeta en otra lengua que en aquella en que se siente, en el dialecto conversacional, y tomo aquí la voz dialecto—dejándome de ridículas discusiones, en cuyo fondo no hay sino dos vanidades contrapuestas é igualmente incompresivas—la tomo en su sentido más primitivo y directo, en el etimológico, de lenguaje conversacional, por oposición al escrito y oficial. Y así cabe decir que junto al castellano oficial, académico, hay tantos dialectos castellanos, ó si se quiere españoles, como pueblos ó localidades, y si me apuran mucho, tantos como individuos, y el poeta tiene que cantar en ese su dialecto.

«Hay más aún, y es que el poeta, más que otro cualquiera, crea su lengua. Y lo somos todos en cuanto, en cierto modo, creamos nuestra lengua. En un artículo titulado *Poesía viva* que Maragall dedicó á las *Extremeñas* de José María Gabriel y Galán, después de decirnos que «somos poetas de verdad cuando forzados por el ritmo de una delicia misteriosa que nos produce súbita é inesperadamente una realidad, la cantamos sin saber lo que nos decimos», contrapone unos versos oratorios, más bien declamatorios y enfáticos de Quintana á unos de Galán en dialecto extremeño. Y después de decirnos que antes se le olvidará el nombre de Quintana que el de Galán—lo que es algo fuerte—añade que los versos de aquél están «en hermosa lengua castellana, de la legítima, de la académica; en una palabra, de la oficial». Lo que ya no es cierto. Porque la lengua legítima castellana no es la académica, no es la oficial, la única que en rigor conocía Maragall y la única que pueden conocer los catalanes que no han vivido fuera de Cataluña y aun muchos que fuera de ella vivieron. La lengua castellana de Piferrer, la de Pí y Margall, la de Sardá y Salvany, la misma de Maragall, con todas sus excelencias, jamás sabe

á dialecto. Y es que la lengua castellana viva, aquella en que se puede cantar poesía viva, es una integración de dialectos. Y hay dialecto santanderino, y burgalés, y palentino, y zamorano, y salmantino, y avilés... y luego de cada pueblo y aun más. Hay dialecto individual.

«Yo creo—añadía Maragall á propósito de Galán—que así que una lengua llega á ser oficial, ya no sirve para la poesía». Y creía bien. En cuanto oficial... no!, no sirve. Ni para la prosa viva, para la verdadera prosa poética, es decir, para aquella en que uno piensa, esto es, crea según va expresándose y no para aquella otra en que repite lo ya pensado y oficialmente admitido. «El castellano académico lo entendemos todos demasiado y así para nosotros ya no puede ser un lenguaje emotivo», dice luego. ¡Claro está! En una lengua hecha, acabada, sólo puede expresarse bien el pensamiento hecho ya, acabado. Pero el pensamiento que se está haciendo, en vías de formación, acaso tumultuosa, el pensamiento en creación, ó sea el pensamiento poético, ese sólo puede adecuadamente expresarse—sea en verso ó no—en una lengua en vías de formación, tumultuosa, en una lengua en creación, en un dialecto, no pocas veces en un dialecto individual.

«El alma del pueblo es esencialmente dialectal, y sólo ella es manantial de poesía», dice luego Maragall, y añade: «El inglés de Dickens es estrambótico; el del poeta Burns es un dialecto escocés; el modernísimo de Rudyard Kipling es una mezcla de *slang* londinense y dialectos coloniales, y los tres autores son de los que modernamente más al vivo han demostrado el espíritu inglés.» Indudablemente, pero á condición, ¡claro está!, de que ese dialecto sea algo sincero, natural. Porque puede muy bien ser otro artificio más. Y en cierto modo—hay que decirlo, pues es verdad—el dialecto extremeño de Galán era un artificio, un artificio que por imitación á Vicente Medina, tomó el poeta, que era maestro de escuela, que había enseñado gramática académica y que era salmantino y no extremeño....

«Que también en esto del dialecto, y sobre todo cuando se escribe en él por oposición conciente al lenguaje oficial; hay insinceridad y hay hasta... academicismo. Es que los escritores catalanes no tienden á crear un catalán, si no oficial, por lo menos oficioso, unitario y aca-

démico? Es que la lengua en que está escrita la *Atlántida* de Verdaguer, es la que habla el pueblo de la plana de Vich, donde nació y se crió el poeta?»

El poeta, el verdadero poeta, canta mejor en dialecto porque la lengua oficial, la de la Academia, que ni es hermosa ni es legítima, resulta abogadesca, hecha con prejuicio, para justificar y demostrar algo. Pero también un dialecto puede convertirse en abogacía; también puede haber prejuicio y convencionalismo en él, y entonces deja de ser dialecto. En mi nativo país, por ejemplo, se ha forjado sobre la base del vascuence vivo, del hablado, del dialectal, una especie de volapük, abogadesco, bizkaitarresco, de separación, que apenas si lo entienden sus inventores. Y el catalán mismo corre peligro de convertirse en lengua de abogacía, de separación, en una lengua académica convencional, trabajada para que se diferencie cada vez más de la castellana. ¿Qué sino abogacía regionalista era el lenguaje gallego en que escribía Curros Enríquez? El cual no me cabe duda que pensaba y hasta escribía á las veces sus versos de primera intención en castellano traduciéndolos luego á un gallego, y á un gallego aportuguesado con objeto de diferenciarlo más del castellano.

Y es que, en la poesía que llamamos dialectal hay siempre, inevitablemente, algo también de artificio. Más de una vez le dije á Galán que forzándose á escribir en un dialecto que no era el suyo, no era la lengua en que pensaba—y por lo tanto en que sentía—, corría el riesgo de pecar no por omisión de voces populares, pero sí por comisión de otras que el pueblo no conoce ni usa.

Alcanzó la lengua catalana su máximo florecimiento literario hacia fines de la Edad Media, enmudeció luego como lengua literaria, y muda permaneció durante los siglos xvi, xvii y xviii, reducida á mero dialecto rural.

Y este silencio del catalán en tales siglos, los siglos del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, tiene grandísima trascendencia. En catalán apenas si se han expresado esos tres grandes movimientos históricos. Inconveniente acaso, pero también ventaja. A ello ha debido conservarse más cerca del pueblo y de su tradición medioeval y librarse de cierta pedantería de eruditos y humanistas.

Es en el siglo XIX cuando renace el catalán como lengua literaria. Sus hitos lo marcan Aribau, Rubió y Ors (el gaitero del Llobregat), Verdaguer y Maragall. Y este movimiento poético, literario, arrancaba de una aspiración popular de Cataluña: la de recobrar la personalidad colectiva de la región. Y en esta lucha por la reconquista de la personalidad intervinieron hasta los Juegos Florales.

Soy un decidido enemigo de eso del *floralismo*, y lo he probado con hechos. Cuantas veces he aceptado el oficio de mantenedor en tales fiestas lo he hecho con la piadosa intención de combatir las, de desacreditarlas, de reventar, si queréis, toda esa ridícula liturgia anti-poética que profana con tramoyas y pantomimas de escenario la santidad y la seriedad de la poesía. Nada más inútil y hasta estéril que los Juegos Florales. Así como las carreras de caballos sirven, dicen, para la cría y fomento de los caballos... de carrera, así en esos Juegos se fomenta á los poetas de Juegos Florales. Y menos mal que en lo de las carreras dicen que el caballo de carrera da, cruzado con otros, un excelente caballo de tiro!

La poesía de Juegos Florales es un mero adorno, algo adjetivo, es el arte entendido al modo jesuítico, sin sustantividad, es algo peor aún, una diversión para señoritas, y muy de dudar que se resistiera en una de esas fiestas una poesía viril, alta, fuerte, libre, santa.

Pero si en alguna parte tiene su relativa justificación el floralismo es en Cataluña, porque allí la fiesta responde á una necesidad de afirmarse el alma colectiva, de buscar su personalidad. Los catalanes no iban á esa fiesta como á un puro festejo—festejo de importación é imitación entre nosotros—sino como á un acto.

No cabe negar que el catalán ofrece cualidades favorabilísimas para la poesía. En primer lugar una riqueza fonética mucho mayor que la del castellano, que es en ella muy deficiente. Lo que por otra parte no debe pesarnos, pues esa mayor simplicidad fonética del castellano lleva sus ventajas, aunque no precisamente para la poesía. Nuestra lengua es seca, monorrítmica, pobre en modulaciones. Ayúdale, además, al catalán para cierta máscula energía su abundancia en monosílabos. No es una lengua hecha y rígida. Y sobre todo, no tienen Academia todavía!



Influye también no poco en la índole de la poesía catalana la pobreza filosófica de Cataluña. El espíritu filosófico catalán, en efecto, si podemos llamarle así, guarda gran parecido con lo que se llama escuela escocesa; es una filosofía discreta, de sentido común, pero de bajo vuelo. Balmes nos da buen ejemplo. No podía remontar el vuelo; faltábale envergadura de alas. Es un espíritu el suyo industrial y práctico, pero nada metafísico. (Milá, Coll y Vehí, Llorens...) Y este carácter trasciende, naturalmente, á la poesía. Apenas se encuentra misticismo en ella, aun á pesar de Verdaguer, en quien parece muy íntimo, sí, pero de origen extraño. El catalán tiene el sentido de la vida concreta, terrestre, la vida como una sucesión de hechos y con su finalidad en sí misma.

Maragall, en su *Cant espiritual* pedía á Dios este mundo, sea como sea, esta tierra, con todo cuanto en ella se cría, y que fuese su patria celestial.

Home só i es humana ma mesura
per tot quant puga creure i esperar:
si ma fe i ma esperança aquí s'atura
me'n faréu una culpa més enllá?

Y á ello se une un gusto de la forma, un regodearse en la realidad concreta, externa. Que empiece por la forma misma de la lengua. Hay en ellos lo que podríamos decir el arregosto de la lengua, la sensualidad del verbo.

Recuerdo que leyéndole versos castellanos—míos—á Maragall, no era en conceptos ni en plasticidad de metáfora donde se detenía, sino en meras resonancias de palabras, en música de voces á las veces casi sin sentido. Y no en sonoridades al modo de las de Zorrilla, algo externas, y más de eco que de melodía.

Y dentro de esto de la forma nótase cuánto se diferencia la poesía catalana de la castellana en el sentimiento del paisaje. Sentimiento que ha sido en Castilla tardío, que es en gran parte importado y de esfuerzo, que no es siempre espontáneo. Hay entre nosotros—me cuento como castellano—, justo es decirlo, un hórrido *pastiche* castellanista, no castellano, terroso y pardusco. Castilla no ha acabado de sentir su campo, y es que en Castilla predomina el elemento urbano. El núcleo

social ha sido aquí la ciudad, y la ciudad murada. Afortunadamente la vida castellana es urbana más que campesina, y digo afortunadamente porque la civilización es civil, es ciudadana, es urbana, y todo eso de la salud por el ruralismo no es sino patraña. Es la ciudad la que tiene que conquistar al campo y no éste á aquélla, y hasta el sentimiento mismo del paisaje, del campo, ha de nacer en la ciudad.

Pero es lo cierto que en Cataluña, tierra más rural, más campesina, se ha producido una poesía que huele y sabe más á campo. Parecen sentir, no ya ver el campo, el paisaje, más intensamente que nosotros. Y digo sentirlo y no sólo verlo porque no es en la poesía descriptiva, por fiel que sea, donde mejor se siente lo descrito. Jamás olvidaré una tarde en que á orillas del Tormes, solos Pereda y yo, le arranqué, como por asalto, la confesión de que no le gustaba gran cosa el campo—el mar y la calle de su ciudad, sí—, y al preguntarme de dónde lo había deducido, le contesté que de sus libros. Porque en éstos, en los libros de Pereda, se ve más que se siente el campo y el paisaje. Lo sentido en ellos es el mar, es la calle del barrio bajo santanderino. Pero el campo...? El campo seguía viéndole cerrando los ojos y lo describía con exactitud técnica, pero al modo de una cámara oscura. Entre él y el campo que describía mediaba un diafragma; jamás se perdió y confundió en él. Y es que quien siente el campo, no quien lo ve tan sólo, por maravillosamente que lo vea y reproduzca luego su visión, se anega en un sentimiento panteístico, si cabe decirlo así, convierte el paisaje en estado de su conciencia y ésta en paisaje, mete la verdura del campo en su corazón verdecíendolo y derrama la sangre de éste en aquél enrojeciendolo de humanidad.

Sentimiento del paisaje, no mera descripción, por hábil que ésta sea, hay en Virgilio. Virgilio apenas si describe, pero en el solo ritmo de sus palabras procesionales late la campiña toda. En cambio nuestros escritores castellanos parece que toman el campo como repuesto de ejemplos morales, como fuente de metáforas espirituales, como un símbolo, en fin, y no como algo de valor propio, tormal pero sustantivo. (Pero es que la sustancia es más que forma?) Así Santa Teresa se sirve para intención espiritual de ejemplos tomados en la vida y ser del campo. Castilla apenas si siente el paisaje en sí y por sí, aparte de

toda intencionalidad espiritual, casi didáctica. Se debe acaso, como alguien ha supuesto, á la falta del mar, á la escasez de agua? Es que sin el mar, complemento del campo, puede sentirse bien éste?

El sentir á Castilla sola en medio de los campos y tierra adentro es lo que inspiró á Maragall aquella estrofa de su *Himne ibéric*, donde decía:

Sola, sola en mitj dels camps,
terra endins, ampla es Castella.
Y está triste, que sols ella
no pot veure els mars llunyans.
Parleuli del mar, germans!

Y esa manera de sentir el paisaje, no de verlo, y de sentirlo en sí y por sí, no como símbolo de cosas del espíritu, concuerda con cierto sentido sensual, de goce de la vida, nada ascético, que caracteriza á la poesía catalana frente á la nuestra. Es lo que va condensado en aquel: «Crec en la resurrecció de la carn» con que termina su confesión el bandido Serrallonga—en *La fi d'en Serrallonga*, de Maragall—después de haberse detenido, no sin cierta fruición, en el relato de sus pecados de amor á la tierra, á la carne, al lucro. Y en el espléndido poema del *Comte Arnau*, hijo de la tierra, la misma nota. Siéntese allí la vida que pasa como un fin en sí. En su *Oda á Espanya*, dícele á ésta que sus glorias y recuerdos son no más que de muertos, que ha vivido triste, que pensaba demasiado en su honor y demasiado poco en su vida, que se satisfacía con honras mortales y eran sus fiestas los funerales, *oh trista Espanya!* cantaba junto al mar, como una loca mientras le llevaban sus hijos, y concluye:

Espanya, Espanya,—retorna en tu,
arrenca'l plor de mare!

Comparad todo esío con ese sermón quejumbroso y pesimista, bajo manto heroico, en que tan á menudo viene á dar nuestra poesía, esta poesía castellana gnómica y didáctica, que rara vez se olvida de la lección, que rarísima vez se entrega al goce inmediato y puro, sin ulterior finalidad, de las cosas que pasan.

Pasemos al sentimiento del amor—del amor entre hombre y mujer—y encontraremos una en cierto modo análoga diferencia. En nuestra

literatura castellana, y muy en especial en la del siglo de oro, en su teatro, más que amor de hombre á mujer hay amor propio. Aquellos celosos maridos calderonianos ponen su honra por encima del amor. No matan como Otelo. Lo que les preocupa es que no se sepa lo que estiman su deshonra. Y de Don Juan Tenorio no hay que decir que era jactanciosa vanidad, no amor, ni aun carnal, lo que le movía. Y en esos frecuentes crímenes llamados pasionales con que fatigan nuestra atención los diarios, no veis más que amor á mujer, amor propio, afán de prepotencia é imposición? Y en cambio qué raro es en nuestra literatura el eco del amor apacible, doméstico, tal como aparece en las *Rimas* del valenciano Querol, y más aún del amor conyugal, á que dió de los primeros íntima expresión en nuestra literatura castellana el catalán Boscán. En general, cuando aquí se quiere expresar ese sentimiento se cae en los lugares comunes, desvaídos y pálidos, de la que Menéndez y Pelayo llamó *poesía honrada*.

Si alguien en España ha llegado á expresar con intimidad, y á la vez con fuerza, ese amor, ha sido Maragall. Oid como muestra aquel pasaje del *Escolio* de su poema el *Comte Arnau*, donde nos cuenta el poeta cómo conoció á su mujer en un valle del Pirineo, cómo luego Dios bendijo las entrañas de ella muchas veces, y alguna doblemente, y describe escenas de familia rodeado de sus hijos:

En una vall del Pirineu molt alta
 un estiu la vegí per primer cop;
 no la vegí si nó després molt veure-la,
 perquè té la bel·leza molt recóndita,
 com la viola qu'embalsama els boscos.
 Mes ara jo l' he feta rosa vera
 del meu jardí, i a més ha estat fruítoza,
 perquè Deu benehía ses entranyes
 moltes voltes i alguna doblement.
 Y els fruits ja no li caben a la falda,
 i roden pel trespol, i son formosos.
 Cóm són acostumats al bés mos llayis
 i els uls a mirã avall cap els petits,
 i a doblegar-se' l còs per a estimar-los

més d'aprop, i aixecar-los en mos braços
 cap al cel, pró tenint-los ben fermats!
 Cada bés en cad'un té 'l seu gust propi:
 mai he besat a dos d'igual manera,
 però a tots dolçement, perquè són docils
 a l'esguard maternal que a sobre 'ls vola
 ab aquel seu imperi ferm i suau.
 Ella me' ls agombola tot el dia
 i me' ls vetlla de nit, fins adormida;
 oh són de mare, que vigiles més
 que tot altre vetllar!... Mes, de què plores,
 Adalaisa, que't sento dins la fosca?

Y oid luego cuando el poeta describe un parto. Es un triunfo de poesía tratar esto, un triunfo tan grande como el de aquel maravilloso capítulo de *Os trabalhos de Jesús* del místico portugués Fr. Thomé de Jesús en que éste trató con insuperable delicadeza del trabajo segundo de Cristo, el que pasó por lo apretado del lugar en que anduvo nueve meses antes de nacer. Más oid á Maragall:

Bé la conec la vostra tortalesa
 quan, regalant suor, la cara encesa,
 solt el cabell, com astre radiant,
 al sortir de la brega gloriosa,
 nos donèu la abraçada furiosa
 i vostre bés ressona com un cant!
 Llavors que'l marit, més fred que'l marbre,
 tremola encara com la fulla a l'arbre,
 dret al costat del llit tempestejat,
 i ajegudes vosaltres, sens memoria,
 embriagades per la gran victoria,
 el rebreguèu al pit,—volent més fort combat...

Ved cómo se expresa, líricamente, ese sentimiento del amor, y del amor conyugal, no del amor propio, no del amor teatral ó dramático, en lo mejor de la moderna poesía catalana, más apegada á la vida de cada día, y á lo terreno y pasajero y humano.

En resolución cabe decir que nuestra literatura castellana es más dramática que lírica, es de choque de pasiones elementales y primitivas, á base de amor propio. Nuestro sentimiento de la vida es á nuestro teatro adonde principalmente hemos de ir á buscarlo; es en él, y muy en especial en el de Lope de Vega, donde se encuentra nuestra lírica. Y en ese teatro campea lo que un escritor inglés llamó la individualidad introspectiva del español. Cada hombre bien delimitado en sí se opone á los demás, con una individualidad—un continente—muy marcada, pero pobre en personalidad, en contenido. Y esto es lo castellano. Separarnos, aislarnos, marcar nuestros límites, pero hacia afuera, no hacia adentro; hacer de nuestro espíritu algo así como una dehesa, un coto cerrado, con sus hitos, cercas y mojones. Que nadie entre allí! Sin advertir que quien cierra á otro la entrada en su espíritu se cierra á sí mismo la salida. El castellano, hosco y hermético, no se mira á sí mismo para decir: «¡esto soy yo de aquí adentro!» sino que mira á los de afuera diciendo: ¡«eso no soy yo!» Su afirmación es negativa. La negación es la suprema fórmula castellana. Es extraño, pues, acaso que Amiel en su *Diario íntimo* emplease la palabra castellana *nada* por no encontrarla equivalente emotivo? Ciertamente que no pide nada para sí pero pide que no se le dé al otro. Lo que él no necesita, apenas admite que lo necesite otro que no él.

Alguna vez se ha querido presentar á Castilla como un pueblo de opresores, de tiranos. Desgraciadamente ni eso! Castilla no tiranizó á América, hizo algo peor acaso que tiranizarla y fué gobernarla como se gobernaba á sí misma, es decir: no gobernarla. Hizo peor que hacer mal, que fué no hacer, Bolívar lo dijo. Y es porque aquí en realidad apenas hay quien quiera mandar, lo que abunda es quienes quieren ocupar el puesto de mando y luego: que les dejen en paz!, suprema aspiración de nuestros neutrales gobernantes. Vivir en paz! he aquí algo imposible para un gobernante de verdad, que quiera gobernar.

Y volviendo á la poesía catalana conviene fijar cuáles han sido las influencias extrañas á que ha obedecido. Primero y ante todo, y es ello natural, la castellana. Verdaderamente recuerda más que á otros á

poetas castellanos, no pocas veces á Zorrilla, y en el teatro de Guimerá es innegable la huella de los nuestros. Las influencias italiana y francesa han sido muy grandes. Prosista catalán hay hoy que hace prosa italiana. En Maragall se advierte lectura alemana. Y actualmente parece que se dedican, Carner sobre todo, al estudio de la lírica inglesa, lo que no podrá menos de serles provechosísimo. Porque esa lírica inglesa desde fines del siglo XVIII es acaso la más grande maravilla poética. Como brotada del pueblo más lírico, del pueblo de más fuerte y á la vez rico sentimiento propio, de la más rica personalidad, donde el hombre, el verdadero hombre, el hombre íntegro no es aplastado por el profesional, por el técnico, y halla el más amplio desenvolvimiento espiritual. Que es en la poesía más que en la filosofía donde hay que ir á buscarlo.

Han intentado también poetas catalanes hacer poesía en castellano, mas en general con fracaso estético de sus intentos. De Boscán cabe decir, como Menéndez y Pelayo dice, que criado en la Corte de Castilla, en castellano y no en catalán sentía y pensaba, y así su dureza, dureza que también hallamos en Ausías March que en la lengua propia cantó, no hay que atribuirle á que se tradujese. De los que se traducían, es que Cabanyes consigue ser gustado á pesar de los esfuerzos de Menéndez y Pelayo por imponérselo? Es que soportamos las frías salidas de tono de Bartrina, espíritu anti-poético? No es posible traducirse. Alguna vez le dije á mi amigo D. Miguel Mir, mallorquín, que el castellano arcaizante que usaba era una lengua muerta, un centón de frases arrancadas ó remedadas de los clásicos, algo así como el latín que escribían los humanistas del Renacimiento. La preocupación de escribir en castizo castellano les pierde. No sería mejor que de resolverse á escribir en nuestra lengua lo hagan con entera libertad y sin temor de deformarla?

Hay quien en Cataluña ha llamado dialecto catalán al castellano que los catalanes hablan. Y por qué no desarrollar ese dialecto para integrarlo en la lengua común española? Es quizá falta de valor, el recelo á que se les tache esa lengua. En tal respecto estamos mejor los vascos y más dispuestos á no renunciar á nuestro castellano, que no es el de Castilla. Y es que ésta, pues que su lengua se extiende á dilatados

países y se hace la lengua hispano-americana, puede pretender monopolio de su casticidad ó hegemonía en ella? No!

Si ha de difundirse y ha de unirnos á todos será dejando de ser el dialecto regional de Castilla.

La lengua española, no ya castellana, es una integración de dialectos—leonés, aragonés, andaluz, etc.—y así ha de ser. Burns, el poeta nacional escocés, no cantó en la vieja lengua céltica caledoniana, pero tampoco en el inglés oficial, sino en un dialecto escocés de él.

Mas bastaría esta integración lingüística, esta fusión del catalán en la lengua común española, para que llegáramos á comprendernos del todo? Es muy de temer que no. Siempre quedaría una diferencia de estilo. Y esto, el estilo, separa y distingue tanto ó más que la lengua.

Es el estilo, en efecto, más bien que no la lengua, lo que distingue entre sí á las literaturas y á sus pueblos. Cada uno de éstos tiene su estilo propio, que conserva aun traduciéndose á sí mismo. Vese esto muy claramente en el pueblo francés, tan fuertemente unificado y estructurado, y cuyo estilo, es de una uniformidad sorprendente. No basta escribir el francés con la mayor corrección gramatical; un extranjero tendrá siempre una manera de llevar el pensamiento, un giro al exponerlo, un estilo en fin, que jamás emplearía un nacional, un indígena. Y ese estilo tiende á cierta uniformidad oficial y académica. En la lengua inglesa la variedad de estilo, las diferencias individuales en él, son mayores; se acusa más la personalidad individual. En Alemania puede decirse que no hay estilo ó bien que éste es informe, caótico, lo que denuncia la pobreza de personalidad individual y cómo dentro de un rígido caparazón envolvente, de una aparente unidad externa, se cela una sociedad amorfa y más mecanizada que no organizada.

Hay lenguas en que apenas cabe estilo. El vascuence no ha producido una literatura de algún valor, y es que en él ha faltado estilo. Ha sido un verdadero dialecto rural en que no se podía hablar sino de menesteres de caserío de campo. Mas hoy parece que asoma un estilo vasco en los escritores vascongados en español y merced á sentir y pensar en este idioma. El español nos está revelando nuestro estilo propio, nuestra íntima manera de pensar que el vascuence no lograba darnos.

Y en España hay un estilo que podríamos llamar castellano, que tiende á cierta inmovilidad, á cierta anquilosis. Es un estilo parenquimatoso, de lugares comunes, infestado de esa cosa horrenda que se llama sentido común, órgano muy á menudo de la mayor ramplonería de pensamiento. Los pensamientos están como aprisionados en una rígida envoltura, al modo de las células vegetales y no en la suelta membrana de la célula amiboidea animal. De aquí que bajo este régimen del lugar común, del tópico ramplón y consagrado, aparezca todo lo demás como paradoja ó extravagancia. Observad que se perdona menos la originalidad de expresión, la libertad de estilo, que no la audacia de pensamiento. No se rompe impunemente la uniformidad de la ramplonería!

Y contra ello hay que obrar, y contra su causa, que no es otra que la pereza intelectual. Hay que despertar al dormido!, hay que interrumpir la siesta! La secular siesta del arriero encima de su carromato, que es lo que le hace odiar al automóvil que le obliga á ir despierto por los caminos. Y el estilo es estilo de siesta. Conviértese en algo hecho, inmutable, valedero para todos, en una manera. Manera que puede llevarle á quien la emplee con la destreza con que se hace solitarios ó se juega al tresillo, hasta á la Academia, pero manera que ni aun á la verdadera tradición, á la viva y no á la muerta, responde.

Porque ni á nombre de tradición cabe defender ese no estilo, ese arcaísmo de combinaciones mecánicas de palabras, esa labor de taracea. Eso no es más que una lengua convencional y muerta, tradicionalista acaso, pero no tradicional. Da pena, por ejemplo, leer cierto libro suramericano en que su autor se propuso remedar el estilo castellano del siglo xvii; esfuerzo casi atlético! Cuánto mejor aquella lengua desgarrada, casi gauchesca, que Sarmiento escribía como si sobre el arzón de la montura de su caballo! Tenemos que reaccionar contra esa lengua hecha, es decir muerta, tradicionalista, de carboneros troglodíticos; tenemos que hacernos nuestra lengua de hoy y de mañana.

Si la poesía castellana ha de levantarse tiene que hacerse día á día su lengua, su estilo, y no servirse de una como litúrgica y consagrada é intangible. Y hasta tiene que hacerse su ritmo, ya que entre

nuestros poetas de tamboril y gaita ese, el ritmo, aparece ahogado por el compás, que es lo mecánico y lo externo. Nada de versos de dulzaina, cantables y bailables. Recuerdo que en derredor del quiosco de música de mi pueblo reuníase la gente sencilla á bailar los valeses, chotis ó habaneras que la banda tocaba, mas cuando ésta, perfeccionada, sustituyó los bailables por trozos de ópera y sinfonías al notar las buenas gentes populares que aquello no podía bailarse declararon que ni era música ni cosa que lo pareciese. Y así ocurre que muchos niegan el valor de poesía á aquello cuyo compás no pueden llevar con los pies.

Añadid que no se sabe leer. Dicen que la música de Wagner no entró en nuestro público hasta que se hubo acostumbrado á ella. No, si no que no entró hasta que hubo quienes fuera ya de la educación de cantar ó tocar otra música, la de arias y cavatinas, supieron tocarla y cantarla como ella lo pide. Lo que nos falta es quien sepa leer sin prosodia preceptiva.

Y si hemos de realizar la integración espiritual española, menester nos es penetrarnos no ya de las distintas lenguas, mas de los distintos estilos. De las lenguas desde luego. Es una torpeza considerando despectivamente al catalán como una lengua inferior, y dando á la palabra dialecto un sentido torcido, rehusarnos á su estudio. Es un deber hoy de todo español culto llegar á leer catalán y portugués, sin que se los traduzcan. Y esto os lo dice uno que anhela y espera la integración de todas las hablas ibéricas en una sola, esto os lo dice uno que protestó contra la lesión á Su Majestad la Lengua Española cuando á un alcalde de Barcelona se le permitió dirigirse, en nombre de los naturales de la ciudad, á S. M. el Rey en lengua catalana! Pero es que el alcalde no podía hablar en nombre de los naturales, si no de los vecinos, y éstos, los de la ciudad de Barcelona, saben todos español y no todos saben catalán. Y no cabe establecer la bárbara distinción entre el vecino natural y el vecino no natural de la ciudad, tan español el uno como el otro.

El problema de la variedad de lenguas ha de resolverse por integración, acaso por reducción ó variedad de estilos dentro de una misma lengua común. Y no persiguiendo á dialecto alguno, sino

dejando que por ley de vida se funda en el más fuerte. Sería absurdo pretender la unificación lingüística como Alemania lo ha pretendido en Polonia y en Lorena.

Y desde aquí, desde este Valladolid, puede hacerse no poco para tal obra. Porque este centro de castellanismo es un centro mercantil más que estrictamente agrícola, por fortuna. Y digo por fortuna porque creo que el ruralismo, la política de calzón y alpargata, no puede sino dañarnos. La cultura nos ha de venir de la ciudad, no del campo. Civilización, ya os lo dije, deriva de civil y éste de *civis*, ciudadano. Tenemos que defender nuestras ciudades y que no las estruje el campo que las ciñe, sino que ellas irradian á él. ¡Que no huela á barro entre las calles!

En conclusión y para fin de estas errabundas y desgranadas consideraciones, creo que podemos aprovechar la lección que nos da la poesía de un pueblo hermano, y sentirnos nosotros mismos, pero no en oposición á ellos sino en integración. Debemos buscar el sentido de lo concreto, de la vida que pasa, el gusto de la tierra que es más que símbolo y el goce de la forma; desprendernos algo de la quejumbrosidad y con ella de la sonoridad oratoria, externa; sacudirnos de lo esquemático y de lo dogmático. Y en el fondo amar más la vida. Quizá sea esa la condición central catalana; un fuerte amor á la vida, que huye de todo ascetismo. Y ese amor á la vida, á la vida que pasa, á la que no se resignan sino á la que se abrazan, hace que haya allí lo que aquí tanto falta: opinión pública, que es vida pública. Esta terrible indiferencia que en Castilla nos rodea, este no interesarse por nada, este no importar nada, ¿qué es sino despego de la vida, que se soporta pero no se quiere? Hay, pues, que sacudir y sacudir mucho, para despertar el deseo de la vida.

Y con ello contradicción, lucha, hasta guerra civil. Todo menos este tibetanismo! Sacudir de nosotros este sueño perezoso entre murallas y hacernos una fuerte personalidad y no por exclusión de las demás, sino antes por absorción de ellas. Nada de nihilismo y de ese nuestro tan castizo nihilismo, que consiste más que en enseñar, que todo no es sino nada, en no enseñar nada del todo. Y sentir con nuestro corazón preparándonos á sentir con el de otro, que haremos nuestro.

Prescindamos respecto á Cataluña de recelos, si los hubiese. Debajo de las estridencias superficiales del catalanismo he encontrado allí espíritus, como el de Maragall, que penetraron en el alma castellana más adentro que los castellanos mismos. Penetrar los unos en el alma de los otros, conocerse, es el modo de quererse y de integrarse al cabo. Y es el modo de perdonarse. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen», dijo el Cristo á su Padre, refiriéndose á sus enemigos. Acaso yo no sé bien lo que he dicho; perdonádmelo, pues!

NOTA.—Quien quiera adquirir una noción de conjunto de la actual lírica catalana puede ver la *Antología de poetas catalans moderns* de Alexandre Plana, (XXIII.-308.)

